

“Podemos caracterizar estos tiempos como los de la hegemonía del enfoque administrativo”.

Entrevista a Eduardo Santa Cruz.

“We can characterize these times as those of the hegemony of the administrative approach”.

Interview with Eduardo Santa Cruz

Eduardo Santa Cruz Achurra es un destacado académico e investigador en el campo de la comunicación. Periodista titulado en la Pontificia Universidad Católica de Chile, licenciado en ciencias sociales en el Instituto Latinoamericano de Estudios Sociales (ILADES) y postgraduado en comunicación social en el Centro Internacional de Estudios Superiores en Comunicación para América Latina (CIESPAL). Profesor de la Universidad ARCIS entre 1982-1999. Desde 1999 es profesor de la Escuela de Periodismo del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile. Autor de una prolífica obra, diversos libros, investigaciones, y decenas de artículos, se cuentan entre sus publicaciones: “Comunicación: una alternativa popular” (1985), “Comunicación y conciencia de masas” (1986), “Análisis histórico del periodismo chileno” (1988), “Crónica de un encuentro: fútbol y cultura popular” (1991). “Origen y futuro de una pasión (Fútbol, cultura y modernidad)” (1996) libro por el que obtuvo el Premio Nacional de Ensayo en el concurso del Fondo Nacional del Libro.

Su trabajo de investigación ha examinado diversas articulaciones entre comunicación y cultura —la prensa, la televisión, la telenovela, el fútbol, el cine— preguntándose siempre y desde distintos ángulos por “cuáles son las premisas y los fines del orden social”. Sin duda un pensador agudo y honesto, sensible a la mirada histórica y a la pregunta por el presente. Maestro de muchas generaciones de académicas/os y profesionales del periodismo y las comunicaciones. En junio de 2021 Re-Presentaciones entrevistó al profesor Eduardo Santa Cruz en torno a cuál es su lectura de las actuales tensiones en el campo general del saber y del quehacer universitario, sobre las transformaciones históricas y políticas en los regímenes de escritura y pensamiento, y cómo ellos expresan o testimonian los conflictos de la historia reciente, que es también nuestro presente.

ReP: ¿Qué signos o claves permiten descifrar el contexto general de las transformaciones de la Universidad y de la producción de conocimientos? Dicho de otro modo, ¿qué es lo que ha tenido que ocurrir a nivel histórico, político, social y cultural para que se gestaran las condiciones de este régimen de saber-poder en el Chile actual?

E.SC: La pregunta es compleja y se le puede dar, por eso mismo, una respuesta aparentemente simple: se naturalizaron los supuestos y los fines del orden social presente y futuro, sacando del debate las preguntas sobre la totalidad social, fenómeno de carácter mundial realizado por el desplome del bloque soviético que produjo la ilusión del triunfo del capitalismo y del fin de la historia y que se impuso en Chile, gracias a la llamada transición pactada a la democracia entre los vencedores del Plebiscito de 1988 y la Dictadura.

En la realidad chilena de este cambio de siglo se manifestaron tendencias universales de desarrollo del capitalismo moderno en su fase llamada de globalización: la conversión del mercado en el eje articulador de toda práctica y relación social; la conversión del Estado desarrollista en el Estado subsidiario neo-liberal; procesos de concentración del poder como nunca antes vistos; transformación radical de los procesos de organización y forma del trabajo con el llamado posfordismo como tendencia predominante; procesos de virtualización y mediatización de la vida social bajo el paradigma de la llamada sociedad de la información; la transformación de la relación entre lo público y lo privado; la crisis de la política y el sistema de partidos; el tipo de cultura cotidiana predominante y la heterogeneización social y cultural, entre otras.

Dichas tendencias consolidaron el predominio de una visión de mundo liberal, con diversos matices, desde el neoliberalismo economicista de Chicago a una curiosa amalgama de liberalismo económico y conservadurismo cultural, pasando por un social-liberalismo, con el rótulo de progresismo. Se generalizó el mito de la participación, de una creciente igualdad de oportunidades, de una supuesta disminución creciente de la pobreza, y de las responsabilidades individuales, que hacían descansar en cada individuo los triunfos y los fracasos.

Lo anterior supuso la consagración de la economía de mercado y la democracia liberal como los únicos soportes posibles de cualquier ordenamiento social presente o futuro. Ello redujo lo político y lo público al ámbito de la mera gestión o administración, favoreciendo los procesos de individuación y privatización de la vida social y que el mercado se hiciera cargo de los fines y lenguajes de lo público. Así, las mercancías son ofrecidas como si fueran de interés general, ocultando la intencionalidad económica privada, tratando a su público como si fueran ciudadanos y no consumidores. Las instituciones políticas proceden de manera similar resultando el efecto contrario: los ciudadanos son tratados como consumidores, convirtiendo la vida pública en un

asunto de marketing, en el cual lo que priman son las imágenes de marca. En esta perspectiva, se produjo la reducción de toda estrategia comunicacional, incluyendo las de propaganda política, las periodísticas y las de desarrollo social o bien público a estrategias publicitarias de mercado.

En esa dirección, el maridaje de la informática y el audiovisual y la reducción de toda práctica social a la lógica del intercambio mercantil, generó fenómenos como la video-política, la transformación de la propaganda clásica y la discusión pública reemplazadas por el marketing político y, resumiendo, el abandono de la búsqueda de legitimidad en las conciencias de los ciudadanos, para concentrarse en la captura de segmentos de demandas en el mercado de las opiniones.

La tendencia global dominante que se impuso durante al menos dos décadas fue aquella que convirtió a la política, estrictamente hablando, en un problema de la imagen que es posible crear, a partir de la elaboración de los discursos que el cliente-votante esté dispuesto a creer. Desde el punto de vista del lenguaje, la televisión replanteó la política en términos de imágenes. De esta combinación de significantes se jerarquiza lo no verbal: el cuerpo, el gesto. En una época caracterizada por la caída de la credibilidad de las palabras, el telespectador se va transformando en un lector de indicios: el votante por su parte busca muestras o indicadores de sinceridad, honestidad u otros atributos valóricos individuales.

Por ello, el régimen democrático liberal-representativo devino en el mejor marco para el desarrollo de la simulación de la soberanía popular.

ReP: Como resultado de ese tramado complejo de transformaciones también se aprecia una mutación en lo que podríamos llamar “la política de la escritura”. Se han instaurado paulatina pero expansivamente una serie de condiciones, gramáticas y formatos que instauran un nuevo régimen de escritura y con ello de pensamiento. ¿Cómo concibe o piensa ese nuevo régimen de producción y qué es lo que éste comporta?

E.SC: Ya en los años 1990, a comienzos de la reinstalación del régimen democrático liberal representativo, Gabriel Salazar advertía acerca de la emergencia, con pretensiones hegemónicas, de lo que llamó el “modelo consultorial de producción de conocimientos”. Si bien su interés se centró fundamentalmente en el papel de las agencias estatales que nutrían de “saberes instrumentales” a los aparatos encargados de diseñar políticas públicas, es posible afirmar que,

con el pasar del tiempo, esa lógica se fue diseminando por el campo de la investigación básica y no solo aplicada y también el de la creación, dando vida a la lógica avasalladora de los fondos concursables, a los que se postula desde el fragmento de un grupo de investigadores o creadores, todos ellos y ellas individuo (a)s, sujetos constructores de una “carrera académica”.

En ese contexto, es posible afirmar que en este cambio de siglo se ha impuesto, de modo paulatino pero agresivo, una política escritural del hacer científico y académico que está anclada a un régimen de producción económica y su correlato político, centrada en la priorización de intereses instrumentales. Se trata de cierto canon de escritura que modeliza, normaliza y tipifica un pensamiento único. De esta manera, se impone una modalidad de escritura que legitima, jerarquiza y sacraliza un axioma monolítico de concebir y producir el conocimiento, la cultura, las artes, las ciencias, el pensamiento; más aún, la sociedad y la vida humana. El campo de la educación superior no sólo ha adoptado y quedado subsumido en las lógicas economicistas del rendimiento, sino que ha adoptado su nomenclatura, sus formas de organización y procesos de producción. En este escenario, la escritura e investigación no han quedado al margen, lo que evidentemente genera efectos de precarización en el orden del trabajo intelectual, así como en el sentido del conocimiento generado.

Con ello, se ha instalado una política de la escritura académica que opera mediante un complejo dispositivo institucional de indicadores y certificaciones, destinada a privilegiar y validar una escritura funcional y comprometida con los axiomas rentables de intereses particulares, elevados a rangos de imperativo con validez universal. Todo texto académico ha quedado reducido al omnipresente paper, modelo proveniente de cierto campo del saber, en un formato preestablecido que se debe llenar a la manera de un formulario. En cierta medida, en el panorama académico pareciera no existir más que un modo de escribir, no más que un modo de pensar, no más que un solo modo de saber, que por cierto consagra una verdad única y no problemática sobre el orden.

Señalaba Salazar en los años 1990 que esta verdadera industria reposa en una infraestructura electrónica de alta sofisticación y en un arsenal de instrumentos lógicos para la ordenación, operación y proyección de los datos recopilados. Esta tecnología no genera mayormente conocimiento nuevo, sino que operativiza la información recopilada (almacenamiento y transmisión). Su instrumental (epistémico-metodológico) es básicamente el mismo “que podría hallarse en el pasado sobre los escritorios de los científicos sociales

precomputacionales”. Lo que hay es un incremento de la velocidad de uso de los instrumentos clásicos. Esto parece muy evidente en el caso de los estudios predominantes en Comunicación, que siguen anclados a los supuestos epistemológicos y, aún, metodológicos de los paradigmas de la primera mitad del siglo pasado.

Agrega que un cambio importante está en las “relaciones sociales de producción cognitivas”: emergencia de nuevos oficios (digitadores, programadores, técnicos de mantención, ingenieros culturales, evaluadores) y especialmente el “consultor profesional” (verdadero empresario de esta emergente industria) y, con ello, el deterioro de las viejas relaciones sociales académicas de producción de conocimientos. Este paradigma centrado y dependiente de los fondos concursables ha dado vida a una matriz cognitiva y creativa, según la mirada del autor que estamos citando, en la que:

1.-los investigadores y/o creadores producen y/o aplican conocimiento y obras, según los “términos de la licitación” (según el pedido del cliente), según el “locus epistemológico” del que paga por la investigación. Así, dicha mirada no está dirigida a estudiar la sociedad en su conjunto, sino a determinados segmentos de ella, según lo señalen las bases de datos ya constituidas. El investigador y/o creador se ve obligado a perder la globalidad como horizonte, a trabajar sobre una base de conocimientos ya estructurada y a ajustar su trabajo a una escala de micro-problemas y micro-soluciones. Así, se deja de alimentar una teoría central, que es el corpus principal de toda disciplina.

2.-lo anterior no solo condiciona el proceso de investigación, sino también la estructuración de las agencias consultoras (¿universidades?), que deben ceñirse cada vez más rígidamente a esos criterios. Esto también significa la rigidización unilateral del contenido valórico y la proyección histórica del trabajo profesional de los investigadores y creadores.

3.-la centralización de este paradigma ha transformado a los investigadores y/o creadores, y las propias universidades en “socios contratistas” de las políticas de gobierno, a nivel central y/o local. Es decir, empresarios encargados, vía licitación, de diseñar, ejecutar y evaluar privadamente las micropolíticas sociales y públicas. Esta cercanía y relación con la autoridad produce inéditas sensaciones de poder, en muchos de esos “operadores del saber”.

4.-el Estado continúa indefinida y crecientemente financiando, por vía de licitaciones y concursos, la reproducción del paradigma y la producción privada de conocimientos de aplicación política oficial. Esto deslegitima otras formas de producción de conocimientos (el viejo paradigma universitario, por ejemplo) y está impregnando hegemoníamente esas instituciones.

Esta matriz, además, supone una particular manera de pensar que Martín-Barbero denunció en los años 1980 y que está asentada en lo que llamó la razón dualista. Es decir, una forma polarizada y excluyente de ver la realidad y operar sobre ella. Es una visión en blanco o negro, que excluye la posibilidad de apreciar la gama de grises que hay entre ellos. Es una forma de pensar que recorre los más diversos campos y problemas, desde el diseño de una malla curricular hasta la escritura de un guion; desde la construcción de una metodología de investigación hasta la elaboración de una política pública o una campaña de propaganda.

Es una forma que ha generado unos modelos, supuestamente “técnicos” (fortalezas y debilidades, por ejemplo), emparentada con la fórmula binaria a la base del desarrollo de la computación y la digitalización, que justamente impide apreciar la complejidad de las relaciones y articulaciones, que devienen de la puesta en contexto y de la historicidad de toda práctica social para ser conocida o para operar sobre o a partir de ella.

ReP: Gramsci ha sido uno de los pensadores moderno-contemporáneos que parece advertir tempranamente y con particular lucidez la dimensión histórica y política de la cultura y del conocimiento. Desde esa clave de lectura, ¿qué relación cabría pensar entre los actuales modos de producción y circulación de los discursos de conocimiento, el campo intelectual y la configuración del orden hegemónico?

E.SC: Recordemos que Gramsci señala que la clase dominante puede ser opresiva, pero también puede ser dirigente. Actúa por la fuerza, pero también puede buscar el acatamiento voluntario y el consenso en torno a su concepción de mundo. En ese sentido, la idea de hegemonía pone el acento en la dirección cultural e ideológica de la sociedad y cabría investigar cuál fue el grado de hegemonía y de qué tipo el que construyó la elite social y económica chilena a la vuelta de la democracia. El control hegemónico se caracteriza por la difusión de la concepción de mundo de

la clase dominante, devenida en sentido común, el que articula la vida cotidiana y la sociedad civil.

Ahora bien, sigue diciendo el autor, que para que una clase social asegure su hegemonía necesita de intelectuales que elaboren, modifiquen y diseminen su concepción de mundo y agrega algo que parece ser importante y muy olvidado entre nosotros: que los intelectuales no constituyen una categoría social independiente, sino que están ligados a ciertas clases o sectores sociales. Cada clase social crea uno o más estratos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su lugar en la sociedad. Como es sabido, para Gramsci hay tres tipos de intelectuales:

1.- intelectuales orgánicos, que son los que elaboran y producen la concepción de mundo de una clase social. Estos son normalmente pocos e incluso puede que no ocupen cargos destacados en la administración del poder. Señala Gramsci que, incluso, pueden ser un colectivo o una institución como un diario o un partido político o un grupo de reflexión.

2.- intelectuales administrativos, que son los que gestionan y administran una concepción de mundo hegemónica. Estos son los más numerosos y entre ellos hay gerentes, ministros, periodistas, profesores, rectores de liceos y colegios, funcionarios públicos, actores y actrices, entre muchos otros.

3.- intelectuales tradicionales, que remiten a hegemonías pasadas.

Es posible afirmar que, desde los años 1980, en Chile se ha producido una cooptación mayoritaria de la pequeña burguesía intelectual por parte del bloque dominante y, con ello, un copamiento progresivo del campo cultural por parte de un amplio campo de variantes del pensamiento liberal que, como dijimos antes fue construyendo una suerte de “espacio de izquierda” en su interior, para la emergencia del llamado progresismo.

Desde los inicios republicanos, los sectores intelectuales chilenos, de distinta forma y de acuerdo a los diferentes contextos, se han sentido algo así como la “conciencia espiritual de la nación”, es decir, los llamados a pensar por los demás, especialmente por las grandes mayorías subordinadas. Si a lo largo del siglo XX, los sectores intelectuales y de capas medias ilustradas fueron no solo acercándose al movimiento popular y sus diversas expresiones políticas y colocándose tras su dirección (recordemos los llamados a proletarizarse de los años 1960 y 1970 o el naciente MAPU postulando ser el “tercer destacamento proletario”), tras la derrota de 1973 y los golpes represivos

de la dictadura, esos sectores comenzaron un llamado proceso de renovación, que se inició con la problematización de su experiencia anterior y terminó, en los años 1990, en un proceso mucho más profundo y ancho que un debate o incluso una crisis política.

Así, progresivamente, la ideología liberal fue cooptando sectores intelectuales, en el sentido gramsciano, los que en aras del realismo y la practicidad comenzaron a darle solidez al movimiento de generación de una clase política, cada vez más despegada de la vida social. Se hizo predominante así el énfasis en los derechos individuales, avalado por la experiencia dictatorial, cuestión que caracteriza al progresismo liberal, expresión de una mirada que solo puede ver lo social a través del prisma de una subjetividad convertida en la explicación de la vida misma. Es lo que explica que para esos sectores individuales, la política tenga al centro el “tema de los liderazgos”, es decir, de encontrar individualidades excepcionales como especie de talismanes de la buena suerte. También, en esta mirada los problemas sociales no son eso, problemas, conflictos, cuando no tragedias, ahora son “temas”, es decir, algo sobre lo que no se actúa, sino que se habla.

El progresismo va mucho más allá de un partido o bloque político. Es la ideología del borde “izquierdo”, que permite la retroalimentación del sistema, en el sentido estricto, es decir, alertar donde puede haber fallas en su funcionamiento. Además, se erige como el guía y orientador de lo que llama “sectores vulnerables” o “personas en riesgo social”, entre otros eufemismos que le permiten escamotear el contenido clasista siempre presentes en la estructura económico-social del país. Así, ha ido vaciando de contenido palabras como justicia e igualdad, hasta convertirlos en significantes vacíos que se derraman de las franjas televisivas electorales en boca de todos, incluso de aquellos.

ReP: Particularmente en el campo de los estudios de Comunicación, a su modo de ver, ¿cuáles han sido aquellas inflexiones, registros, problemas o epistemes que constatan y verifican estas tensiones, o dicho de otro modo, cómo ha impactado todo este escenario general en el campo específico de la comunicación, advirtiendo por cierto la amplitud y heterogeneidad de éste?

E.SC: La instalación de la Teoría de la Comunicación en América Latina, en tanto disciplina con pretensiones de autonomía y científicidad, se produjo hacia los años 1960 con la llegada de los

modelos funcionalistas norteamericanos, de base positivista. Sin embargo, al decir de Martín-Barbero, dicha instalación asumió de entrada un carácter mucho más pragmático que teórico, de acuerdo al perfil administrativo que caracterizaba a esos modelos, para los cuales toda reflexión sobre fundamentos o fines aparecía como especulativa y, por ende, inútil y todo conocimiento se validaba y legitimaba en su operatividad, al interior de un marco social tomado como dato, lo que graficaba al decir que “un positivista sabe que las llaves abren puertas. Entonces, si un día una no se abre con la llave que él tiene, dice: "Me equivoqué, yo creí que esto era una puerta".

Como señala dicho autor, lo que dicha perspectiva impide pensar es la historia y las relaciones sociales, que es precisamente lo que racionaliza, es decir, oculta y justifica. Lo que no cabe en ese modelo es la contradicción y el conflicto. Los estudios en Comunicación se fragmentaban en territorios compartimentados: la economía y la sociología para el emisor; la semiótica para el mensaje y la psicología para el receptor, y en cuanto a enfoques metodológicos: análisis de discurso para el emisor, análisis de contenido para el mensaje y estudios de audiencias para el receptor, entendidos como funciones, nunca como actores.

En el contexto actual, antes reseñado, se crearon las condiciones económicas, políticas y culturales para que la teoría administrativa (reciclada) expanda su hegemonía, cooptando o copando incluso el campo institucional que parecía en las décadas anteriores como el territorio natural de las visiones críticas, tal como el de las universidades. Por ello, es que podemos caracterizar estos tiempos como los de la hegemonía del enfoque administrativo, es decir de aquella perspectiva que asume el orden social, sus fines y supuestos, como un dato. Un tipo de reflexión concentrada mucho más en los aspectos operativos o en los resultados de los procesos comunicacionales y en las posibilidades performativas de la tecnología y, por tanto, que construye objetos de estudio acotados, sin referencia a marcos o contextos sociales.

Dicha visión ha venido a resituar la diferenciación clásica entre información y comunicación. En rigor, la idea de información se encuentra más ligada al desarrollo tecnológico, que a su riqueza de conocimientos. Es decir, es su operatividad lo que hace que aparezca como clave para pensar las transformaciones que se viven en la producción, el trabajo, la administración estatal, la educación, etc. Por otro lado, la idea de comunicación social se ha visto desplazada hacia lo que el propio Martín Barbero llama las incertidumbres de lo social. La noción misma de comunicación social vive actualmente todas las incertezas, dudas e incertidumbres de los saberes

sobre lo social. Por ello, ha perdido fuerza conceptual y carácter explicativo incluso en su propio terreno, es decir, en el mismo campo de los estudios de comunicación. Hay así una gran complicidad entre el desarrollo de la idea de información, en términos de desarrollo tecnológico y la reconversión de la idea de comunicación a algo funcional, cuya mitificación escamotea tras diversos simulacros su dominancia instrumental.

En los hechos y presionada por las necesidades de un mercado en expansión, para el cual la aceleración es su motor y fuente de poder, sociedad en proceso de cambios constantes, pero adaptativos, donde el cambio es pura expansión, se va imponiendo como tendencia la información-digitalización como eje y modelo de reorganización de la sociedad, lo cual daría origen a la llamada sociedad de la información (sociedad nueva, la cual, agotada la lucha de clases, encontraría su nueva dinámica en la información). Ante ello y en la perspectiva de sostener la posibilidad del pensamiento crítico en el ámbito de la Comunicación, habría que considerar al menos que:

1.- la comunicación es cuestión de cultura y no sólo de ideologías; ello también significa en las condiciones actuales la necesidad de enfrentar la lógica de transnacionalización, más allá de la idea de imperialismo cultural, es decir, dar cuenta de cómo se articula la acumulación creciente de capital y poder a nivel mundial, con los procesos de descentralización de ese mismo poder que posibilitan las nuevas tecnologías. Se trata de la aparición de un nuevo espacio-tiempo-mundo, donde la masificación y uniformidad coexisten complejamente con la fragmentación. Cada día habitamos más un mundo, pero la percepción que se tiene de la globalidad se produce no por concepciones totalizantes de lo global, sino por concepciones fragmentarias y fragmentadas del tiempo y el espacio. En el interior de ello subyace la crisis de lo nacional y su sentido, producto de la presión simultánea de lo transnacional y lo local.

2.- la comunicación no es sólo cuestión de aparatos y de estructuras, sino también de sujetos, de actores: ello implica un doble movimiento, por un lado, entender que los actores de la comunicación son más que las clases sociales y el imperialismo, pero también más que los individuos aislados, perdidos y atrapados frente a las plataformas digitales y mediáticas. Por ello, implica también un cambio en la concepción de la recepción y el consumo.

3.-la comunicación como cuestión de producción y no sólo de reproducción: lo que se está jugando en los procesos de comunicación es realmente una cuestión de producción simbólica. La sociedad no sólo se reproduce, sino que se produce, cambia y reconstituye. Ello abre el área de los usos sociales de la comunicación.

4.- la comunicación no es sólo un asunto de medios e instrumentos, es un asunto de "fines", de cultura política y de su transformación. Pensar sobre el lugar y papel de la Comunicación y su reflexión e investigación en los tiempos actuales hace necesario poner la mirada en una perspectiva global, dando cuenta de las articulaciones y relaciones que hagan posible pensar la sociedad que se nos ofrece bajo diversos rótulos neutralizantes. La Comunicación se constituye así en un lugar estratégico para pensar críticamente la sociedad y sus transformaciones.

ReP: En el escenario actual —sea de crisis o de ajuste general del modelo social en Chile—, ¿qué matrices o tradiciones de pensamiento considera usted relevantes o significativas para la construcción de un análisis en torno a los conflictos y transformaciones en curso, o si se quiere, a qué dimensiones habría que prestar atención para pensar críticamente el presente?

E.SC: Pareciera que la posibilidad de pensar críticamente el presente, en términos generales, habría de considerar al menos dos cuestiones fundamentales: por un lado, el desarrollo de perspectivas que permitan mirar la globalidad de lo social, es decir, trascender la atención en lo micro y recordar que la totalidad es más que la suma de sus partes y que los problemas sociales, económicos y políticos no son la pura expresión de una multitud de problemas individuales por más dramáticos que sean.

No se trata de reponer viejas discusiones dualistas acerca de la predominancia entre sujeto y estructura, por ejemplo, sino que, por el contrario, poner el acento en las relaciones y articulaciones entre los factores, en una perspectiva más bien dialéctica. Si bien, parece necesario recoger de la tradición del pensamiento crítico del siglo pasado fundamentalmente la vocación por la problematización y la sospecha, por ver más allá de lo evidente, a la vez, se trata también de no idealizar el pasado ante la miseria del presente. Dicho pensamiento crítico, en

Comunicación y Ciencias Sociales, muchas veces pecó de lo mismo que criticaba, convirtiéndose por su mirada dualista de los fenómenos, en el reverso del modelo administrativo.

Un caso muy particular al respecto, fueron las concepciones modélicas de las experiencias prácticas de la llamada “comunicación alternativa” en los años 1970 y 1980 o la forma en que se aplicaba la Teoría de la Dependencia, por citar un par de ejemplos. La confusión entre dialéctica y dualismo provocó la siguiente reflexión de Martín-Barbero, plenamente vigente: “Cuando la crítica de la crisis “convoca” a la crisis de la crítica es el momento de redefinir el campo mismo del debate”.

En esa perspectiva, es posible afirmar que el neopositivismo reinante, al que aludimos más atrás, solo tiene llaves adecuadas para ciertas puertas, todas aquellas que no signifiquen cuestionar el orden, sus fundamentos y fines. En términos académicos, lo dicho supone ir más allá de miradas estrictamente disciplinarias y abrirse al diálogo interdisciplinario y al desafío de la construcción de perspectivas transdisciplinarias, que son mucho más complejas.

Se trata de desarrollar un modo de producción de conocimientos que cuestione las perspectivas dualistas o monocausales, como forma de pensar y aprehender la realidad, darle sentido y construir políticas públicas para operar sobre ella. La actual pandemia y el actuar errático, incoherente y fragmentario del gobierno sobre ella, ha tenido justamente esas características y ha producido un profundo problema de entropía social, que ha aumentado el fraccionamiento y una verdadera estampida de comportamientos sectoriales e individuales que, muchas veces, atentan derechamente contra los intereses colectivos.

Ello no es casual. No se trata de una suerte de ineficiencia técnica o falta de conocimientos o datos acumulados. Tras la mirada dualista, binaria y monocausal está el proceso ideológico de ocultamiento de los fundamentos y los sentidos del orden social, está la defensa de intereses económicos y de poder, en definitiva, como tantas veces en nuestra historia, la mantención del orden que favorece a una minoría dominante.

ReP: A partir de la estrecha y orgánica relación entre el actual modo de producción y acumulación capitalista y la configuración de un campo de saber que opera como dispositivo de legitimación y reproducción simbólica del orden, a su juicio, ¿qué tipo de emergencias, rupturas o tensiones cabría pensar para, eventualmente, generar condiciones

de posibilidad para una transformación significativa del campo general de representaciones actuales?

E.SC: En términos de la realidad nacional, se trataría de poner especial atención a procesos estructurales, el principal de los cuales parece ser el siempre pendiente y ya más que bicentenario de democratización de la estructura económica, social y política, lo que implica una nueva distribución del poder desde las manos de la elite hacia el conjunto de la sociedad. Ello entendido como una completa reestructuración de la estructura social y el sistema político, superando la lógica excluyente de la democracia representativa y avanzando hacia otras formas que permitan una participación más real y directa y nuevas formas de organización de la sociedad y la economía que combatan la concentración del poder.

Lo anterior supone reconocer las transformaciones que se han venido operando a nivel de la propia concepción de la política y sus formas. ¿Cómo se “hace” política en la actualidad? La respuesta inmediata es “a través de los medios” y en particular de la televisión, aunque internet irrumpe con fuerza en la escena mediática y por una razón muy simple: porque los medios se convierten en espacios clave de recreación del espacio público y de mediación entre los ciudadanos y las autoridades.

Es lo que indica Arancibia con el concepto de *mediatización de lo político*, fenómeno que surge a consecuencia de la emergencia de una sociedad de masas, de la expansión e institucionalización de los medios de comunicación social y de la relación que establecen los sistemas políticos con los medios. Ya habíamos señalado que los medios son los que desarrollan la escenificación y representación de la política, dirigentes y partidos. En este sentido, cada vez más la participación en política consiste para muchos en ver las noticias, los foros televisivos, los reportajes especiales, etc. En definitiva, la *teleparticipación* de que habla García Canclini. Las plataformas audiovisuales, son las que crean el escenario, en un sentido estricto, de la política y de allí que ésta sea en buena parte (en su expresión pública) una sucesión de entrevistas, conferencias de prensa, declaraciones de unos y otros, realizados en la web o combinados con apariciones en pantalla, configurando un mundo discursivo autoreferido, al cual se asiste como espectador y televidente.

Este es el campo predilecto de la sociedad y clase política. Sin embargo, la revuelta popular de 2019 mostró que por los flujos e intersticios digitales y territoriales discurren otros procesos políticos y sociales que se expresan en demandas y formas de organización multiformes y variadas,

“Podemos caracterizar estos tiempos como los de la hegemonía del enfoque administrativo”

Entrevista a Eduardo Santa Cruz.

construidas y levantadas por multitudes heterogéneas, pero que comparten ciertas exigencias básicas que dicen relación con el reconocimiento de su derecho a la igualdad y la justicia.